

¿Hace falta que mis labios pronuncien en voz alta
aquello que en silencio te han dicho tantas veces?
Soy el que ama demasiado, tu hijo predilecto,
criado por tus pechos, crecido a tu sombra.
El que te ha cantado fervorosamente desde los primeros días,
el que quiere asesinarte para liberar su corazón.
Oh madre, a los nocturnos nos has hecho opulentos,
plenos de vida, gigantes ávidos de amar.
En nosotros has amamantado una estirpe guerrera,
ciegamente dispuesta, tenaz hasta la extenuación;
en nosotros has experimentado tu propio poder
cincelándonos como inquietas criaturas con envoltura humana.
Por ti, por tus dones hemos caminado sobre la tierra
con un impulso distinto al de los demás hombres,
uniendo el desdén al entusiasmo, la carcajada a la ira,
el violento esfuerzo por trastornar el mundo
a la inocente contemplación de una hermosura suprema,
siempre confiando al mañana, la furiosa acometida del presente,
Siempre otorgando al ayer la siembra jamás cosechada.
Oh madre, a los nocturnos nos has creado altivos,
orientando perpetuamente nuestros ojos hacia el cielo,
prohibiéndonos, sin embargo, la visión terrestre.
Nos has concedido saber lo que podemos ser,
pero negándonos vivir lo que somos.
Y así nosotros, tus vástagos, somos como el vigía
impacientemente encaramado en lo más alto del mástil
día tras día oteando los horizontes
hasta que su vista se nubla sin divisar costa alguna.
Somos como el león que, en su nostalgia de la selva,
corre de un lado a otro de su jaula
descargando contra los barrotes coléricos zarpazos
hasta que, al fin, el aliento le abandona
y cede taciturnamente a la inanición.
¿Me has reconocido ya, noche, como parte de tu carne?
Soy el alma que ama demasiado, el que te ama a ti
por haberme engendrado con tu amor cruel.
Soy el que con obediencia filial he cumplido
aquel terrible mandato que me alejaba del afecto humano
para acercarme a la belleza del hombre.
En mí hallaste al enamorado que deseabas;
ahora debo alzar tu mandato contra ti.
Ahora debo extirpar de mí tu carne,
asesinar en mi espíritu tu espíritu
para abrirme enteramente a la luz
y arrastrar hacia ella todos los instantes de mi existencia.
Escucha noche, escucha al gran amante
tiernamente perdido, por última vez, en tus brazos maternos⁶.

Apurar hasta las heces el agridulce contenido de la existencia es tarea de este hombre. Movido por pasiones irrefrenables, persigue la belleza aunque sea en instantes fugaces y cuando ésta es vislumbrada, es como un relámpago que traspasa su ser. Pero la belleza fomenta el juego más cruel, infundiendo la vana ilusión de su posesión, ya que se mantiene, siempre, no sólo inaccesible sino que su fulgor hace

⁶ Argullol, op. cit., (1), págs. 249-250.

desvanecer, incluso, al propio hombre. «Cuando contemplamos sin prejuicios la belleza planea sobre los hombres y les fomenta la ilusión de que convive con ellos; sin embargo, siempre está más allá de ellos. Siempre»⁷. Las palabras de Bruno son el dardo más certero. Por eso, el creador será un buscador infatigable de belleza porque en ella la condición humana se diluye y, por un instante, cree ser un dios: «El gran artista realiza una obra maestra, se siente dios y crea dioses. Por un momento es eterno porque sueña moldear algo eterno. Y por ese momento renuncia a su condición humana»⁸. Apreciamos, pues, cómo Argullol describe a un hombre que, a través de la belleza, anhela la inalcanzable divinidad. Pero este hombre descrito en sus textos es, ante todo, un luchador urgido a vencer las dificultades que la vida le depara. Movido a la acción permanente, es un espíritu insatisfecho anhelante de perfección. Así son presentados Leonardo y Tomás, héroes de *Lampedusa* (1980) y de *Desciende, río invisible* (1986). El primero, impelido tras una belleza imposible; el segundo, de antemano derrotado por una enfermedad mortal. Ciegamente entregados, ambos, a la pasión de vivir, al mundo, aunque éste sea, al decir de Tomás, «la resaca de un dios borracho. Una resaca bien fastidiosa, por cierto»⁹. Sin embargo, inmersos como están en el mundo, se sienten ajenos a él. Solitarios, recorren la vida para hundirse en las raíces que la sustentan, guiados —como Bruno— por un sino que acaba en la nada más brutal: «Tú no desees vivir la vida apaciblemente, gustando de sus frutos y sorbiendo sabiamente sus placeres. Tú eres de los otros, los que quieren más, consiguen menos y acaban en nada»¹⁰.

¿Quiénes son los que desean «vivir la vida apaciblemente»? Si Leonardo, Bruno y Tomás son reflejo del hombre que Argullol perfila en sus escritos, serían pálida imagen si no tuvieran dignos rivales. Así, Argullol traza personajes que den réplica y sostengan la intensidad del combate, contragolpeando las embestidas de los inagotables luchadores. Podemos afirmar que los textos de Argullol se construyen a modo de duelo, en los cuales cada fuerte tiene su contrafuerte, el anverso su reverso, la réplica una apropiada contrarréplica. Asistimos a incesantes confrontaciones entre la conformidad y la disconformidad, la vulgaridad y la excelencia, el orden y el caos, por señalar algunas. Estas luchas dan inusitada consistencia a la escritura. El lector se sume en un ritmo trepidante. El resultado es una tensión asombrosa donde apenas hay lugar para el respiro. Se consume, finalmente, la tragedia porque el destino de los hombres está marcado por la fatalidad, sucumbiendo los tres, inexorablemente, al mismo.

Se da, además, otro rasgo específico en los personajes de Argullol: la soledad más radical. El hombre teme encontrarse consigo mismo. Únicamente los más fuertes —«o, como antes solía decir Tomás, la noche sin mañana a la que sólo pueden apostar los fuertes»—¹¹ emprenden el camino hacia sí mismos, sumergiéndose en corrientes farragosas, en una vida sin amanecer. La soledad es potencia de construcción y aniquilación, compañera fiel. Sus aliados, armados con la desnudez del ser, siegan de su camino la estulticia de la debilidad. Ellos, tan sólo ellos, son capaces de aceptar lo que los otros rechazan y rechazar lo que los demás aceptan. Son héroes solitarios

⁷ Argullol, op. cit., (1), pág. 185.

⁸ Argullol, op. cit., (1), pág. 185.

⁹ Rafael Argullol, *Desciende, río invisible*. Barcelona, Destino, 1989, pág. 117.

¹⁰ Argullol, op. cit., (1), pág. 88.

¹¹ Argullol, op. cit., (9), pág. 133.

plenos de furor que mantienen las espadas en alto, sin ceder un milímetro, a pesar de conocer lo inútil de su combate. Se saben criaturas de una tragicomedia, de la carcajada espasmódica de los dioses, y ante la broma cruel de la existencia, aceptan el reto, entrando en la contienda y vociferando el más terrible de los gritos, el que desvela el horror de su condición: «Mi duda es si mi grito será lo suficientemente fuerte para que al escucharlo pueda llegar a saber, por fin, quién soy»¹².

Podemos establecer algunos rasgos comunes a Leonardo, Bruno y Tomás, seres creados por la imaginación de Argullol, espíritus insatisfechos, buscadores insaciables de perfección, solitarios e indómitos. Pero resta, aún, uno primordial, su perpetuo nomadismo. Los tres son nómadas que no hallan «satisfacción en el permanecer sino en el llegar y en el partir, actos supremos de la fugacidad y, por tanto, los únicos capaces de combatir la imperennidad de la existencia»¹³. Ajenos a cualquier patria —«si siempre me fue difícil considerar que formaba parte de eso que llaman una patria, a estas alturas todavía me es menos fácil, sentirme español o de cualquier país»¹⁴, extranjeros en cualquier sitio, en incesante movimiento —«sólo me encuentro bien moviéndome de un lado para otro»¹⁵, desarraigados pero despiertos a lo desconocido —cualidad de los que se saben de ningún lugar—, errantes, en exilio continuado, descubren la condición desnuda de la vida. Es obvio, pues, que el viaje acompaña a los protagonistas de Argullol. Pero éste se cubre con un doble sentido: el primero, de carácter interior, donde el hombre se busca a sí mismo para encontrar al Hombre, donde remover lo recóndito de la existencia a partir de la propia existencia. El segundo, cuando el viaje cobra un sentido geográfico, dirigido hacia aquellos lugares en donde la búsqueda cobra mayor autenticidad: parajes solitarios, exóticos, desiertos donde la zarpa del progreso no ha dejado su impronta. Así en *Lampedusa* o en las tierras del desierto californiano de los versos de *Duelo en el Valle de la Muerte*. El narrador de *Lampedusa*, forjado en los ideales griegos —«Grecia era mi alma, griegas las ilusiones de mi vida, griego mi ideal»¹⁶ emprende viaje hacia esta isla mediterránea descubriendo la belleza esencial: «Acaso se afirmará: es difícil descubrir la belleza en este pedazo de roca. ¡Nada tan mezquino! La belleza se halla aquí en forma superior, incorpórea, ajena a la materialidad, inaprensible a nuestros acomodaticios sentidos. Pues es la belleza esencial, aquella que perpetuamente se crea desde la semilla de la devastación»¹⁷. Tendrá que situarse, para ello, al borde del abismo venciendo todo el horror.

Bruno inicia su singladura en la Camarga francesa, acabando sus últimos días, antes de entrar en la lucidez de la noche, en un monasterio cerca de Alhacén. En él inicia el aprendizaje que le conducirá al conocimiento final, a la eternidad, libre de toda atadura, reposando, por fin, en el seno materno: «Demasiado tiempo he sido un hijo pródigo, errante en caminos pedregosos y desiertos. Ahora quiero responder al llamado amoroso de quien me espera. Ahora parto al seno materno sin otro anhelo que reposar. Ahora sé que caminaré por estas alfombras de nieve tendidas ante mí. Caminaré por la noche de los montes y escalaré cimas. Y allá en lo alto, sin mirar

¹² Argullol, op. cit., (1), pág. 27.

¹³ Rafael Argullol, *Lampedusa*, Barcelona, Montesinos, 1981, pág. 8.

¹⁴ Argullol, op. cit., (1), pág. 13.

¹⁵ Argullol, op. cit., (9), pág. 117.

¹⁶ Argullol, op. cit., (9), pág. 17.

¹⁷ Argullol, op. cit., (9), pág. 126.